

LOS AÑOS ANDALUCES DE CERVANTES Y LA GÉNESIS DEL PRIMER *QUIJOTE*: UNA EVOCACIÓN AZORINIANA

JOSÉ MONTERO REGUERA
Universidad de Vigo

A mi madre, otra vez con nosotros.

RESUMEN:

Este artículo analiza una imagen muy difundida de Cervantes y su proyección en la literatura del siglo XX, concretamente en el relato *Un viandante* que constituye el capítulo decimocuarto de *Una hora de España. Entre 1560 y 1590*, el discurso de ingreso de Azorín en la R.A.E. (1924). Intento mostrar cómo se refleja en él la huella de la interpretación romántica y, asimismo, la posible influencia de la biografía de Francisco Navarro Ledesma, *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra* (1905).

PALABRAS CLAVE:

Primera parte del *Quijote*. Azorín. Recreaciones.

ABSTRACT:

In this article I focus on the chapter titled *Un viandante*, which is the number fourteenth of *Una hora de España. Entre 1560 y 1590*, by the Spanish Writer José Martínez Ruiz, Azorín. This book was published in 1924. What I would like to show is how this chapter reflects the Romantic Approach to Don Quixote's influence, and also its possible inspiration in a forgotten Cervantes' biography: *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, by Francisco Navarro Ledesma (1905).

KEYWORDS:

First Part of the *Quijote*. Azorín. Recreations.

Los años andaluces en los que debió de “engendrarse” la primera parte del *Quijote* han dado lugar a una imagen de Miguel de Cervantes que ha venido funcionando y reiterándose desde el siglo XVIII, y aún antes,¹ hasta nuestros días, en la que se pondera el ambiente poco propicio, cuando no adverso, en el que se gestó la primera parte del *Quijote*; desde, a modo de ejemplo, Juan Antonio Pellicer:

Y por testimonio del mismo preso [Cervantes] se sabe también que entre los hierros de aquella cárcel escribió la *Historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*: obra original, amena, elegante, instructiva, de invención maravillosa y materia de perpetuo y honesto pasatiempo; obra que arguye la viveza de su imaginación, el caudal de su festivo genio, y aun el de

¹ Ya el esquivo Alonso Fernández de Avellaneda hace referencia malévolamente en su *Quijote* apócrifo a esta circunstancia: “[...] disculpan los hierros de su primera parte, en esta materia, el haberse escrito entre los de una cárcel; y así no pudo dejar de salir tiznada dellos, ni salir menos que quejosa, mormuradora, impaciente y colérica, cual lo están los encarcelados”, Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. de Luis Gómez Canseco, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 200

su filosofía cristiana y serenidad de ánimo, ni se amortiguó su imaginación, ni se entorpeció su invención, ni se melancolizó su genio. Y si las Musas según Horacio apetece los lugares apacibles, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, aquí se contravino a su gusto, pues supo Cervantes componer una obra dignísima de ellas en la habitación más horrorosa. Y aunque él no sea el primero que en las cárceles haya ejercitado la pluma, pero creemos sea de los únicos que en la cárcel haya estado de temple para componer una historia de tanta sazón y de tan gracioso argumento; historia, por la que juzga el doctísimo Huet que es digno Cervantes de ser colocado entre los mayores ingenios de España.²

Hasta Carlos Fuentes, quien define a Cervantes como el “incompetente recaudador de impuestos que dos veces dio con sus huesos en la cárcel a causa de su mala aritmética; el viejo, pobre y triste autor de una novela concebida detrás de los barrotes y con cuyas magras regalías apenas pudo pagar deudas acumuladas”.³

Esta imagen de nuestro novelista que escribe el primer *Quijote* en circunstancias poco acordes con el reposo y estabilidad que la redacción de una obra literaria parece exigir se ha venido repitiendo, con matices, en la crítica cervantista;⁴ así también en un texto azoriniano de 1924.

Azorín y el cervantismo

1924 es el año de la elección de Azorín como miembro de número en la Real Academia Española. La prensa de la época acoge favorablemente la elección y, también, el discurso de ingreso en la docta casa.

Por entonces, el cervantismo se halla a las puertas del libro trascendental de Américo Castro (*El pensamiento de Cervantes*, Madrid, 1925), y del de Ramiro de Maeztu (*Don Quijote, don Juan y la Celestina*, 1926, pero ya en las librerías el año anterior);⁵ por las mismas fechas, Salvador de Madariaga ha venido impartiendo una serie de conferencias que darán lugar a unos artículos en *La Nación*, de Buenos Aires, luego reunidos en volumen bajo el título de *Guía del lector del Quijote* (1926); todavía resuenan ecos de la conmemoración del tercer centenario de la muerte de Cervantes —la labor anotadora, sobre todo, de Rodríguez Marín—, y el libro seminal de José Ortega y Gasset, *Las meditaciones del Quijote* (Madrid, 1914).⁶

² Juan Antonio Pellicer y Saforcada, *Ensayo de una bibliotheca de traductores españoles*, Madrid, por D. Antonio de Sancha, 1778. Ed. facsímil, Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, 2002, p. 164.

³ Carlos Fuentes, *Cervantes o la crítica de la lectura* [1972-1975], Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1994, p. 14.

⁴ Y llega también a las obras de ficción, como ha analizado Santiago Alfonso López Navia en el capítulo 5.1. (“La génesis del *Quijote* como objeto de ficción en la literatura hispánica, 1861-2003”), de su libro *Inspiración y pretexto. Estudios sobre las recreaciones del “Quijote”*, Madrid, Iberoamerica, Vervuert, 2005, pp. 207-224.

⁵ Véase ahora la edición de José Carlos Mainer, Madrid, Comunidad de Madrid y Visor Libros, 2004, p. 8.

⁶ Para más detalles sobre el cervantismo del primer tercio del siglo XX remito a mis trabajos sobre “La crítica

Azorín académico

La elección de José Martínez Ruiz, Azorín, a propuesta de Armando Palacio Valdés, Francisco Rodríguez Marín⁷ y Leopoldo Cano, se lleva a efecto el 26 de abril de 1924. De inmediato se suceden los trámites habituales; el 29 de septiembre, el discurso ya está redactado, incluyendo la contestación del Conde de la Mortera. El 9 de octubre pasa la censura académica firmada por los académicos Cortázar, Cotarelo y Cavestany.

Queda todo listo para la recepción pública, que tendrá lugar en la tarde del domingo 26 de octubre de 1924; en el mismo acto se hace entrega a Miguel Artigas del diploma y medalla académicos conseguidos en uno de los premios convocados por la Academia por su trabajo *Estudio biográfico y crítico acerca de don Luis de Góngora y Argote*.⁸

Azorín llegaba a la Academia con una larga e importante trayectoria como articulista, cronista parlamentario y político, y periodista. En su persona se reunían un destacado novelista, autor de *La voluntad* (1902), *Antonio Azorín* (1903); *Confesiones de un pequeño filósofo* (1904); un crítico y ensayista literario que había reunido parte de sus trabajos en libros como *La crítica literaria en España* (1893), *Anarquistas literarios: notas sobre la literatura española* (1895), *Charivari. Crítica discordante* (1897), y *La evolución de la crítica* (1899). Y, sobre todo, en mi opinión, el relector de los clásicos españoles a través de una serie de obras publicadas en la segunda década del siglo XX; a saber: *Lecturas españolas* (1912), *Castilla* (1912), *Clásicos y modernos* (1913), *Los valores literarios* (1914), *Al margen de los clásicos* (1915), *Los dos Luises y otros ensayos* (1921).⁹

sobre el *Quijote* en la primera mitad del siglo XX”, *Volver a Cervantes. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas* (Lepanto, Grecia, octubre de 2000), Palma de Mallorca, Universidad de las Islas Baleares, vol. I, pp. 195-236; y *El “Quijote” durante cuatro siglos. Lecturas y lectores*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2005.

⁷ A estas alturas, casi veinte años después de la publicación de *La ruta de Don Quijote*, las relaciones entre Azorín y Rodríguez Marín han cambiado sustancialmente, pues en aquella ocasión, el erudito andaluz había saludado el libro azoriniano definiéndolo como “tentativas baladíes en que no hay ni pizca de cervantismo”. Citado por José María Martínez Cachero, ed. Azorín, *La ruta de don Quijote*, Madrid, Cátedra, 1984, p. 23.

⁸ Sobre los pormenores de la presencia de Azorín en la Academia debe consultarse el libro de Alonso Zamora Vicente, *La Real Academia Española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1999.

⁹ He tenido en cuenta los trabajos de Carlos Clavería, “Azorín, intérprete de los clásicos”, *Ínsula*, 94 (1953), pp. 3 y 11; Carlos Blanco Aguinaga, “Escepticismo, paisajismo y los clásicos: Azorín o la mistificación de la realidad”, *Ínsula*, 247 (1967), pp. 3 y 5; Manuel M^a. Pérez López, *Azorín y la literatura española*, Salamanca, 1974; José Montero Padilla, “Azorín, los clásicos y la literatura como encuentro”, *Sobre didáctica de la lengua y la literatura. Homenaje a Arturo Medina*, Madrid, Publicaciones de la Escuela Universitaria Pablo Montesino, 1989, pp. 559-563; E. Inman Fox, *Ideología y política en las letras de fin de siglo (1898)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988 (especialmente pp. 99-150); Christian Manso, “Lectura de los clásicos y experiencias de la lectura”, VV. AA., *Azorín (1904-1924)*, Murcia, Universidad de Murcia y Université de Pau et des Pays de l’Adour, 1996, pp. 115-120; y Javier Díez de Revenga, “Azorín poeta, Azorín lector de poesía”, *Anales Azorinianos*, 7 (1999), pp. 211-234.

Con ellos había propuesto, y en parte desarrollado, un nuevo concepto de historia literaria:

Hasta ahora, entre nosotros, la crítica histórico-literaria ha sido simplemente erudita, enumerativa; falta que sea psicológica, interpretativa, interna. Sólo sabremos lo que representan los clásicos a medida que esa obra se vaya realizando.¹⁰

Así, en buena medida, estaba abriendo el camino que luego, en fechas no muy lejanas, recorrerán con brillantez Ángel Valbuena Prat y Pedro Salinas.¹¹

Y, por otra parte, un nuevo y moderno concepto de escritor y texto clásico:

Un autor clásico es un reflejo de nuestra sensibilidad moderna. La paradoja tiene su explicación: un autor clásico no será nada, es decir, no será clásico si no refleja nuestra sensibilidad. Un autor clásico es un autor que siempre se está formando. No han escrito las obras sus autores; las va escribiendo la posteridad. No ha escrito Cervantes el *Quijote*, ni Garcilaso las *Églogas*, ni Quevedo los *Sueños*. El *Quijote*, las *Églogas*, los *Sueños* los han ido escribiendo los diversos hombres que, a lo largo del tiempo, han ido viendo reflejada en esas obras su sensibilidad. Cuanto más se presta al cambio, tanto más vital es la obra clásica. El *Quijote* es la más vital de nuestras obras. ¿Cómo ha sido visto el *Quijote* en el siglo XVII, recién salido de las prensas, y cómo ha sido visto luego, en el siglo XVIII, por los ingleses, y después, más tarde, en la XIX centuria, por los románticos alemanes, y ahora, finalmente, cómo lo sentimos nosotros? [...] Queramos que nuestro pasado clásico sea una cosa viva, palpitante, vibrante. Veamos en los grandes autores el reflejo de nuestra sensibilidad actual.¹²

Que reitera en varios lugares, como en *Clásicos y modernos* (1913):

No existe más regla fundamental para juzgar a los clásicos que la de examinar si están de acuerdo con nuestra manera de ver y sentir la realidad; en el grado en que lo estén o no lo estén, en ese mismo grado estarán vivos o muertos. Su vitalidad depende de nuestra vitalidad. No nos detengamos para el desdén o la relegación en vanos escrúpulos; que no nos atemorizen las rimbombancias y oropes de que se han rodeado estos o los otros nombres. Juzguemos a los muertos con arreglo a los vivos.¹³

He aquí, además, algunas de las razones que esgrime D. Gabriel Maura Gamazo, Conde de la Mortera en su contestación al discurso de Azorín:

¹⁰ “Los clásicos”, *Clásicos y modernos*, 1913, ed. de *Obras escogidas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1998, vol. II, p. 1006.

¹¹ Véanse a este respecto el número monográfico que la revista *Monteagudo* (5, 2000) ha dedicado a Valbuena (*Ángel Valbuena Prat y la historiografía literaria española*), y los trabajos de Francisco Florit Durán sobre “Pedro Salinas y el *Quijote*”, *Homenaje al profesor Antonio de Hoyos*, Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 1995, pp. 183-189; y Montserrat Escartín Gual, “Don Quijote visto por Pedro Salinas”, *Ínsula*, 700-701 (abril – mayo, 2005), pp. 25-29.

¹² “Nuevo prefacio” a *Lecturas españolas* [1912 / 1915 / 1920], ed. de *Obras escogidas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1998, vol. II, pp. 698-99.

¹³ “Los clásicos”, *Clásicos y modernos*, 1913, ed. de *Obras escogidas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1998, vol. II, p. 1005.

Trajo Azorín de su gayá tierra mediterránea sensibilidad exquisita para apreciar y traducir la poesía de la naturaleza; depuró aquí su temperamento artista, haciéndole más accesible a la belleza psicológica, que es la poesía de la humanidad; y cuando hubo peregrinado a través de las letras, en el espacio y en el tiempo, fue ya guía insuperable para cuantos quisieron adentrarse en el alma española, tan inexplorada hasta entonces por los literatos jóvenes, como los eleros [sic] polares o las selvas de los trópicos.

Generoso guía espiritual; no cicerone mercenario. Lacónico y discreto, sin alardear jamás de erudito ni aturdir con su locuacidad, adoctrina y acompaña, sugiere los motivos de admiración, callando mientras se admira; hace llevadera la jornada fatigosa [...] Guía espiritual de la España antigua a tiempo en que se propugnaba la europeización de la moderna; periodista que meditaba y leía más que escribía, y escribía más que hablaba; devoto de los pequeños análisis en la época de las grandes síntesis; iconoclasta que pretendía revisar las canonizaciones estéticas; perseguidor de documentos con minuciosidad de entomólogo, cuando estaban más en boga las improvisaciones fáciles; escritor, en fin, que oponía el brochazo del cinematógrafo el toque justo del miniaturista, y al estilo usual, recamado de imágenes, tropos y demás pedrería retórica, la semidesnudez helénica de la oración primera de activa. (P. 112).

Una hora de España. Entre 1560 y 1590

En su discurso de ingreso,¹⁴ Azorín lleva a cabo una evocación impresionista de un período de la historia de España (entre 1560-1590) efectuada desde la sensibilidad, a través de sus lecturas de aquel período, pero también, como estudió Carlos Blanco Aguinaga, mistificando la realidad.¹⁵ Los propósitos de Azorín en esta obra no quedan reflejados en el prólogo, deudor de la cortesía académica (recuerdo del académico fallecido a quien se sustituye, agradecimientos varios, etc.), sino en el capítulo que cierra el libro, bajo el sugerente título de *Epílogo ante el mar*, donde se afirma:

El ensueño ha terminado. Estamos ante el mismo salón mundano donde comenzamos a soñar [...]

Hemos soñado durante un instante en la España pasada. Para nuestras meditaciones hemos escogido determinados hombres, determinadas circunstancias, determinados hechos. No hemos abarcado en su totalidad una época. Nos han bastado unos pocos rasgos –que juzgamos característicos– para determinar la modalidad de un pueblo. Y con profunda cordialidad hemos mariposeado sobre esos hombres y esas cosas [...]

¹⁴ Publicado en Madrid (Rafael Caro Raggio, 1924), ha sido reimpresso en diversas ocasiones, incluso fragmentariamente; para este trabajo manejo la edición preparada por José Montero Padilla (Madrid, Castalia, 1993). En lo que sigue, reproduzco algunas de las consideraciones que efectué en el coloquio sobre Cervantes y *el Quijote* celebrado en la Universidad de Delhi, en febrero de 2005.

¹⁵ Carlos Blanco Aguinaga, “Escepticismo, paisajismo y los clásicos: Azorín o la mistificación de la realidad”, *Ínsula*, 247 (1967), pp. 3 y 5.

Con toda cordialidad, con vivo afecto, nos poníamos –durante un instante– de parte del pasado; admirábamos los hombres y las cosas de un siglo remoto; la lógica del sentimiento nos guiaba; con la lógica del sentimiento explicábamos lo que a los adversarios decididos de esa edad parece inexplicable. (Pp. 184-5)

Todo ello, para, partiendo del pasado, formular un propósito de paz y tolerancia que guíe los destinos de España: “Y con profunda emoción en estos momentos primeros de la noche, frente al mar entenebrecido, pensábamos en la paz espiritual: la paz espiritual que permite, entre gentes de todos los partidos, entre artistas de todas las tendencias, gozar serenamente de los más variados espectáculos intelectuales. Las estrellas brillaban en el cielo negro. Un faro paseaba, con breves intermitencias, su larga faja de viva luz blanca por el inmenso mar en tinieblas. Y en nuestro espíritu, después de la meditación pasada, se resolvía el íntimo conflicto, el asomo de pavorosa antinomia –origen de angustias y desasosiegos– en una fórmula de respeto y de tolerancia” (pp. 185-6).

La obra se compone de cuarenta y un capítulos en los que se van evocando personas, lugares, circunstancias, de aquella época, siempre, o casi siempre, desde la alusión, o la referencia indirecta: en muy pocas ocasiones se indica el nombre de la persona o situación de quien se está hablando. Así por ejemplo, el primer capítulo se titula *Un anciano*, personaje que evoca a Felipe II, como deducimos sobre todo por la referencia a Baltasar Porreño (p. 69), el sacerdote con quien se autor de *Dichos y hechos del rey D. Felipe II* (Cuenca: Salvador Viader, 1628); y en el séptimo, *El veredero*, se evoca la destrucción de la flota española en el canal de la Mancha en 1588: ahora el adjetivo *invencibles*, resaltado en cursiva en el texto (p. 87), permite la identificación. Un último ejemplo: el capítulo octavo, *Un religioso*, evoca a fray Luis de Granada, como se deduce por la referencia a un libro del religioso (*Libro de la oración y consideración*, pp. 88-89). El procedimiento se prolonga a lo largo de todo el discurso.

De esta manera, se llega al capítulo decimocuarto titulado *Un viandante* (pp. 105-107). Este viandante (‘quien va por las vías, por los caminos’) no es otro que Miguel de Cervantes, a quien Azorín evoca precisamente en esos años que recorre los caminos de Andalucía a partir de 1587.

Es un capítulo que se sitúa temporalmente en el atardecer (“En esta hora del crepúsculo”), en un texto que reitera con frecuencia este momento del día, con sus implicaciones y traslaciones metafóricas: decadencia, melancolía, decaimiento.¹⁶ Esta temática tan azoriniana se corresponde con su estilo habitual: frases cortas y sencillas, abundancia de puntuación, etc. El viandante se halla a la puerta de una venta. De inmediato se describe físicamente el personaje, para lo cual el escritor reelabora el autorretrato cervantino del prólogo de las *Novelas ejemplares*: “El viandante es de rostro aguileño, cabello castaño y frente lisa y desembarazada. Si se levantara, le veríamos ligeramente cargado de espaldas”. Al retrato físico le sigue el espiritual y psicológico: “Pesan sobre el viandante muchos trabajos”, “se

ve forzado a tratar con gente ruda”, “Existe un profundo desequilibrio entre su sensibilidad y la atmósfera espiritual en que se mueve”. Se insiste, pues, en el desajuste entre la realidad que le toca vivir a Cervantes, y el deseo de éste de llevar otra vida: se ha refugiado en un ideal íntimo que hace que “Dejamos el mundo material y creamos para nosotros, sólo para nosotros, otro mundo fantástico. En ese ideal se reconcentra toda nuestra vida”. En definitiva, la unión de esos elementos tan cervantinos: vida y literatura, realidad y ficción, un mundo ideal que se refleja a través de un texto literario. El texto sigue por este camino, profundizando en el valor que las lecturas y la vida pueden ejercer en el hombre.

De súbito, el capítulo cambia bruscamente de tono, personaje y circunstancias: la paz y sosiego anteriores son sustituidos por golpes y ruidos. La escena se desarrolla ahora dentro de la venta y el protagonista pasa a ser un caballero que discute con el ventero. La descripción del personaje nos conduce inequívocamente a Don Quijote: es un caballero de “figura triste”, “alto, escuálido, huesudo, semeja el caballero una figura de pasadas centurias. Nadie entiende la fabla arcaica con que habla”. Han disputado porque este nuevo personaje ha defendido a “un menesteroso” que el ventero intentaba expulsar de la casa. La acción del caballero ha llamado la atención del viajero, que entra en la venta y, una vez referidas las razones de aquel, el viandante ha creído ver reflejado en esa acción sus propios ideales, de manera que, al final del pasaje, ambos personajes se identifican el uno con el otro: “Y cuando el señor de la prestancia antigua ha declarado el caso con peregrinas razones, el viandante ha sonreído levemente –con sonrisa de inefable bondad–, se ha acercado a él y le ha estrechado contra su pecho. El ensueño interior del viandante –¡oh maravillosa ironía!– se concretaba, fuera, en el mundo, en la persona de un loco”.

Este capítulo es un ejemplo más del cervantismo de Azorín, medular en su carrera literaria. Desde posiciones menos beligerantes que las de Unamuno, el caso de Azorín es muy similar. Más quijotista que cervantista en sus inicios, no se centró en cambio exclusivamente en el *Quijote* (uno de sus libros de cabecera, sin duda) sino que dedicó numerosas páginas a Cervantes a quien recreó admirablemente en ocasiones. A Cervantes y el *Quijote* dedicó ensayos de geografía literaria (*La ruta de Don Quijote*, 1905), recreaciones de personajes y temas cervantinos (*Tomás Rueda*, 1915), trabajos de crítica histórico-literaria (*Con permiso de los cervantistas*, 1947; *Con Cervantes*, 1948), y obras teatrales (*Cervantes o la casa encantada*, 1931), mostrando en todos ellos su fina sensibilidad para acercarse a las obras y autores clásicos.¹⁷ He mencionado

¹⁶ Véanse a este respecto las páginas que dedica José Montero Padilla en la edición que manejo, pp. 43-45.

¹⁷ A la espera de una monografía de conjunto que estudie las relaciones Cervantes-Azorín pueden consultarse: Ángel Cruz Rueda, “El cervantismo de un cervantista”, *Cuadernos de Literatura*, V (1949), pp. 85-113; Elena Catena, “Azorín, cervantista y cervantino. Apuntes para una antología”, *Anales Cervantinos*, 12 (1973), pp. 73-113; Alberto Sánchez, “El cervantismo de Azorín” [1973], *Don Quijote, ciudadano del mundo y otros ensayos cervantinos*, Valencia, Institució Alfons el Magnanim, 1999, pp. 63-98; José María Martínez Cachero, “Con permiso de los cervantistas (Azorín, 1948): Examen de un libro de melancolía”, *Anales Cervantinos*, XXV-XXVI (1987-1988), pp. 305-314; C. Manso, “José Martínez Ruiz, Azorín, y Cervantes”, *BHi*, 96 (1994), pp. 521-528;

sólo libros de Azorín de tema cervantino exclusivamente, pero a ellos habría que añadir otros muchos que incluyen capítulos sobre el mismo asunto: *Los pueblos* (1905), *España* (1909), *Lecturas españolas* (1912), *Castilla* (1912), *Clásicos y modernos* (1913), *Los valores literarios* (1913), *Al margen de los clásicos* (1915) y un largo etcétera.

La herencia del siglo XIX

Detrás de *Un viandante* está, sí, la particular lectura e interpretación azorinianas, pero también una forma de acercarse a Cervantes y el *Quijote* que es heredera de la tradición romántica.

En efecto, las primeras dos décadas del siglo XX constituyen una época no bien conocida en el campo de la crítica sobre el *Quijote* o sobre el cervantismo en general. Se trata de un periodo en el que trabaja y publica un heterogéneo conjunto de escritores, creadores, estudiosos e investigadores formados en los métodos y procedimientos decimonónicos que continuará su actividad en el comienzo del nuevo siglo. A este grupo se van superponiendo nuevas generaciones de lectores y admiradores de Cervantes, formados en otras lecturas y métodos de análisis, lo que les permite introducir savia nueva en el conjunto de los estudios sobre el *Quijote*. En consecuencia con la nueva manera de leer e interpretar el *Quijote* a partir del Romanticismo, en los últimos veinte años del siglo XIX se va desarrollando un cierto tipo de crítica, al tiempo que toda una imagen de la obra (y del autor), que es la que heredan los que se acercan a la obra cervantina en el primer cuarto del siglo veinte.

Así por ejemplo, como herencia del romanticismo que se desarrolla después de forma reiterada tanto en la literatura como en las artes plásticas, debe considerarse la dualidad Quijote-Sancho como “metáfora de los contradictorios, pero inseparables, componentes de la personalidad humana”; asimismo, la simbiosis entre personaje y creador, con la identificación de este último ante todo “como un rasgo de carácter nacional”,¹⁸ primando por tanto su condición de español, lo cual supone, obviamente, una visión

Aniano Peña, “Cervantismo y quijotismo en Azorín a la luz de la *Völkerpsychologie*”, Giuseppe Grilli, ed., *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Nápoles, 1995, pp. 863-70; Isabel Castells, “La ruta de Azorín por el libro de La Mancha”, *Actas del VIII Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, El Toboso, Ediciones Dulcinea del Toboso, 1999, pp. 69-80; J. Ignacio Díez Fernández, “La invención (y reinención) de El Toboso: La mirada de Cervantes (y la de Azorín)”, *Actas del VIII Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, El Toboso, Ediciones Dulcinea del Toboso, 1999, pp. 91-103; Rita R. Rodríguez, “Cervantes en Tomás Rueda”, *Actas del VIII Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, El Toboso, Ediciones Dulcinea del Toboso, 1999, pp. 159-170; y José Montero Reguera, “La crítica sobre el *Quijote* en la primera mitad del siglo XX”, *Volver a Cervantes. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas* (Lepanto, Grecia, octubre de 2000), Palma de Mallorca, Universidad de las Islas Baleares, vol. I, pp. 195-236; y *El “Quijote” durante cuatro siglos. Lecturas y lectores*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2005.

¹⁸ Estas, como las anteriores, son palabras de Carlos Reyero, “Los mitos cervantinos en pintura y escultura. Del arrebatado romántico a la interiorización noventayochista”, en VV. AA., *Cervantes y el mundo cervantino en la imaginación romántica*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1997, pp. 89-120. El texto citado en p. 94.

nacionalista, como así se muestra inequívocamente en las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, “escaparates por excelencia del arte oficial, [que] ofrecen el panorama más completo de la utilización de Cervantes y de sus personajes al servicio de los ideales del nacionalismo español”.¹⁹ Lo que viene a conseguirse con todo ello, según el siglo XIX va avanzando hacia sus últimas décadas, es “una auténtica institucionalización de antiguas aspiraciones [...] junto a la gloria que novela y personaje representaban para el contexto político-cultural del Estado moderno. Cervantes y lo cervantino se convirtieron entonces en iconos glorificadores de lo nacional, lo mismo que tantos otros temas históricos”.²⁰ en fin, un *Quijote* que se encuentra por todas partes y es utilizado de manera constante y permanente con propósitos y objetivos muy diversos; es así como se puede entender mucho mejor el artículo de Mariano de Cavia en el que, desde las páginas de *El Imparcial*,²¹ se quejaba precisamente de esa invasión del *Quijote* no sólo en la literatura, sino en todas las bellas artes e, incluso, en otros órdenes de la vida cultural y política de entonces.²²

Estos últimos años del siglo XIX, ya en las vísperas del desastre de 1898, suponen una nueva “canonización” (la expresión es de Anthony J. Close) de la obra y el personaje cervantinos, que va a ser caracterizado (el personaje) siguiendo los modelos del Greco, cuya figura y valía se recuperan entonces.²³ Igualmente se hará con el autor: el cuadro atribuido a Jáuregui donado a la Academia en 1910 por José Albiol responde en buena medida a esa tendencia, de ahí, quizá, la buena acogida que recibió inicialmente, al menos desde diversas instituciones: como dice Carlos Reyero, la imagen de Cervantes en este retrato “respondía a esa adustez ‘grequista’ tan querida en la época”.²⁴

El siglo XIX lega también la penetración generalizada del *Quijote* en el sistema educativo español. De esta manera se culmina el proceso iniciado en el siglo XVIII de incorporación del *Quijote* a las historias de la literatura como uno de los grandes valores de la literatura española y continúa y se consolida en los manuales, preceptivas e historias de la literatura decimonónicas, tanto españolas como extranjeras.

¹⁹ Carlos Reyero, art. cit., p. 97. Cfr. Karl-Heinz Bark, “Don Quijote, arquetipo nacional”, *Beiträge zur Romanischen Philologie*, VI (1967), pp. 161-168, y Carlos M. Gutiérrez, “Don Quijote y Don Juan: notas a una oposición finisecular”, Javier Blasco et alii, eds., *Actas del Congreso sobre José Zorrilla*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1995, pp. 343-349.

²⁰ Nuevamente son palabras de Carlos Reyero, art. cit., p. 97.

²¹ Mariano de Cavia, “El Quijote en solfa”, *El Imparcial*, 18 de marzo de 1900.

²² Cfr. Gabriel Núñez, “La literatura al alcance de los niños”, *El Gnomo*, 5 (1996), p. 203. Un ejemplo de cómo el *Quijote* invade campos alejados de lo literario es la revista *Don Quijote* (1892-1903), uno de los principales medios de expresión de la ideología radical republicana. Cfr. Jesús Rubio Jiménez, “Don Quijote (1892-1903): prensa radical, literatura e imagen”, Leonardo Romero Tobar, ed., *El camino hacia el 98 (Los escritores de la restauración y la crisis del fin de siglo)*, Madrid, Visor, 1998, pp. 297-315.

²³ La conocida monografía de Manuel Bartolomé Cossío es de 1908. Para el caso de Azorín, puede consultarse el trabajo de Montserrat Escartín Gual, “El Greco visto por Azorín”, *Ínsula*, 635 (1999), pp. 5-7.

²⁴ Carlos Reyero, art. cit., p. 110. La opinión azoriniana sobre este asunto puede examinarse a través del trabajo de José Luis Bernal Muñoz, “Azorín y el retrato de Cervantes”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 583 (1999), pp. 79-102.

Críticos y novelistas, a caballo entre las dos centurias, poseen, en fin, una singular importancia en el campo de la exégesis cervantina, pues, por una parte, con sus novelas muestran en la práctica su deuda con Cervantes y el *Quijote*, de manera que lo convierten en un modelo novelesco digno de ser imitado (Galdós, Clarín, Valera); en segundo lugar, voces como las del propio Valera y Manuel de la Revilla intentan poner un poco de orden y medida ante los excesos de la crítica simbólica; y, finalmente, se pone nombre a ese conjunto cada vez mayor de actividades, en ocasiones de difícil clasificación, cuyo principal objetivo es estudiar, difundir, comentar, interpretar, alabar... la vida y la obra literaria de Miguel de Cervantes; ese nombre no es otro que el de *cervantismo*, a la par que se indican los problemas que puede acarrear este tipo de exégesis (Pereda).

Este contexto es el que explica la publicación en 1905 de dos libros de singular importancia en el campo del cervantismo: la *Vida de don Quijote y Sancho*, de Miguel de Unamuno, acaso uno de los frutos más logrados de la interpretación romántica del personaje cervantino, y paladín de lo que ha dado en denominarse quijotismo; y *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes*, de Francisco Navarro Ledesma, biografía que abre un nuevo camino en los estudios cervantinos, revalorizando la figura del autor, e iniciadora de una íntima conexión del autor con su héroe, que ha gozado de gran aceptación a lo largo del siglo XX.²⁵

Esta biografía de Navarro Ledesma, hoy muy olvidada, se publicó primeramente en *Los lunes de El Imparcial*, para luego adquirir formato de libro, reeditado en diversas ocasiones en la colección Austral.²⁶ No se trata de una biografía para eruditos ni cervantistas, sino que trata de contar el “poema de la vida de Cervantes”, que requeriría “haber sido cantado por un gran poeta y no escrito por un pobre Gacetero”.²⁷ Probablemente, además, frente a los excesos quijotistas de Unamuno, en la reconsideración de la obra cervantina por Ortega y Gasset en sus *Meditaciones del Quijote*, pudo haber influido la biografía de Navarro Ledesma, de quien era buen amigo.²⁸ Y en ella se encuentran elementos que bien pudieran haber influido en el capítulo cervantino del discurso de Azorín en la docta casa. Por ejemplo, cuando hechos de Miguel de Cervantes se justifican con el modo de actuación de don Quijote:

No vaciló, pues, ni un momento Miguel, a quien la necesidad, por otra parte, acuciaba, en pedir recompensas de sus servicios. Acaso creía, quijotesicamente, que de ellos debía tenerse

²⁵ Véase lo que dice Alberto Sánchez en *Anales Cervantinos*, XXX (1992), p. 226.

²⁶ Manejo la tercera edición publicada en la colección Austral (Madrid, Espasa-Calpe, 1960). Todas las citas remiten a esta edición.

²⁷ “Dos palabras la lector”, ed. cit., p. 10.

²⁸ Así lo sugirió Pedro Laín Entralgo en su artículo “Quijotismo” (*El País*, 13 de noviembre de 1991), donde reproduce un fragmento de una carta a Navarro Ledesma en la que Ortega afirma en 1905: “comete [Unamuno en su *Vida de don Quijote y Sancho*] el error de desconsiderar a Cervantes, cuando acaso no existirá obra (de las que sean evangelios humanos hablo) que sea más obra y carne y sangre de su autor que ésta”.

ya particular y elogiosa noticia en la corte. Ya sabía él, como don Quijote, que las hazañas en que los caballeros prueban el ardimiento de su corazón y la fortaleza de su brazo ofrecen galardones de imperios y coronas: ya sabía, como Sancho, que la obra hecha la paga espera, y que por pan o por al baila el can. Años habían de transcurrir antes que se persuadiera de que en España tan iluso es Don Quijote aguardando coronas, como Sancho esperando ínsulas: años habían de pasar antes que se contentase con alguna bacía de barbero, con algunas alforjas de fraile, con algún olvidado maletín de loco por toda ganancia y botín de sus andanzas en el mundo.²⁹

Fijémonos bien en esto para asegurar que no se mostraba el ánimo de Cervantes abatido ni amilanado por las contrariedades diarias de su cargo y oficio. Como don Quijote, Cervantes se halla seguro de que la justicia ha de imponerse al fin y al cabo y por eso habla con tan serena, segura y confiada entonación.³⁰

Cervantes se convierte casi en alter ego de don Quijote en la narración de los episodios andaluces, de donde reproduzco estos dos interesantes pasajes, no muy lejanos de la evocación azoriniana de 1924:

Mentiras y ficciones eran, en realidad, como las tretas de los matantes y como los floreos de los tahures y como las borracheras de los mojones y como las gachonerías de las daifas del Compás, los demás alicientes que en competencia con el corral de los Olmos, ofrecían el de los Naranjos y el de don Juan. La verdad habitaba en el interior del hombre, según el dicho santo, y allí era forzoso buscarla y al pensar así, Miguel recordaba la milagrosa fragancia que los vecinos de Úbeda habían olido en el cuerpo putrefacto de San Juan de la Cruz. La ilusión fraguaba el vivir externo y muchas gentes no tenían otro. La vida interior comenzaba a labrar en los espíritus, no para dar frutos de hechos, sino para acabar con la acción, para aniquilar *lo otro*, la materia, el *asnillo* del santo. ¿Qué era, pues, la vida?.

A las reflexiones acumuladas por Miguel en sus interminables y disgustosos días de Écija, mientras el tamillo de la zaranda volaba como polvo de oro por el sol cernido en torno suyo, sucedían sus pensamientos de desocupado en el corral de los Olmos, entre el ruido y turbamulta de la gentuza sevillana; y en el límpido cielo a veces, a veces en un rincón penumbroso de la taberna, cuando bajo la sombra de los copudos olmos, tristes como todos los árboles de merendero, en cuyo corazón se meten arteramente clavos cuelgacapas y prendegorras, y cuyo follaje ensucia la polvareda del bailoteo, veía Miguel abocetarse y diseñarse, aun como transparentes sombras, de su propia vida surgiendo, la figura del caballero vagabundo que pensaba reconquistar la muerta edad de oro, revivir los siglos dichosos en que las ilusiones se realizaban, como en la frontera catedral se había cuajado en piedra y parecía sostener la bóveda del cielo la andaluzada de aquel canónigo que dijo: Hagamos una iglesia tal que nos tengamos por locos los siglos venideros.³¹

²⁹ Navarro Ledesma, ob. cit., pp. 135-6.

³⁰ Ibidem, p. 200.

³¹ Ibidem, pp. 201-2.

Sin duda esta nueva consideración de autor y personaje influye decisivamente en *Un viandante*, el capítulo XIV de *Una hora de España*.

He aquí, en definitiva un texto que sintetiza, por un lado, algunos de los rasgos más característicos de la literatura azoriniana (brevedad, concisión, detallismo, *petite histoire*, paso del tiempo, decadencia, ocaso, relección de clásicos, concepto de la historia), y, por otro, la visión del *Quijote* y de Cervantes heredadas del romanticismo, convenientemente tamizadas por la biografía de Francisco Navarro Ledesma. Un Azorín, pues, que ya no es exclusivamente quijotista, como en *La ruta de don Quijote* (1905), sino cervantista.